11440

Un enlace desigual

20

UN ENLACE DESIGUAL,

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS,

ESCRITO PARA EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO

DE MADRID,

POR

Don Ramon de Navarrete.

MADRID:

BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

1841.

PERSONAS.

LA CONDESA DE ROSALES.
CAROLINA, *su hija.*
JUANITA, *sobrina de*
LA TIA BASILIA.
EL BARON DEL VALLE.
EL MARQUES DE ALBA-FRIA.
LUIS, *jóven labrador.*
DON ENRIQUE DE MENDOZA.
INES.
CRIADOS.

La escena pasa en un pueblo de la Alcarria durante el primer acto, y los dos restantes en Madrid.

Este drama es propiedad para su impresion y representacion en las provincias, de D. Ignacio Boix, Editor del *Repertorio dramático*; el cual perseguirá ante la ley al que le reimprima ó ejecute en algun teatro del reino, sin que para ello obtenga su beneplácito por escrito, segun prescriben las reales órdenes de 5 de mayo de 1837 y 8 de abril de 1839.

672131

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unenlacedesigual3822nava

ACTO PRIMERO.

Sala baja en casa de la tia Basilia: en el fondo la puerta del jardin; puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA *sentada bordando:* JUANITA *cosiendo á su lado.*

Juanita. Con que hoy debe llegar?

Carolina. Hoy sin falta. Has dispuesto el cuarto, Juanita?

Juanita Si señora; y poco bonito que está! --- Yo misma lo he arreglado, y á bien seguro que mejor no ha de tenerlo su merced en Madrid. (1) Para que esté mas poético, mas *romántico*, he colocado dos grandes ramos de flores en dos jarras nuevas de Alcorcon.

Carolina. *(Sonriéndose.)* Pues entonces es seguro que ni en su casa tendrá un *boudoir* mas elegante.

Juanita. Vamos, confesadlo, señorita: á que ese caballero está enamorado de vos?

Carolina. Al menos no me lo ha dicho.

Juanita Ya, pero vos lo habeis adivinado. Y es buen mozo?

Carolina. Tú misma puedes juzgar. *(Enseñándole un medallon que lleva en una pulsera.)*

---

(1) *El lenguaje de Juanita durante este acto, debe ser correcto, pero afectado; el de una muchacha de un pueblo que quiere ser culta y amable.*

Juanita. Hola, hola... Y aun decíais que?... Es mucho mejor que Luis... yo lo creo! Este tiene un aire tan fino, tan noble!... Qué diferencia del pobre Luis!... Y sin embargo yo le quiero como á un hermano, aunque con aquel vestido burdo y aquellas polainas...

Carolina. Pero te hará feliz, Juanita.

Juanita. No digo lo contrario: con todo, os aseguro, señorita, que desearia un marido de educacion mas esmerada; por ejemplo, el ayuda de cámara del señor Baron, y asi no me separaria tampoco de vos, á quien amo y respeto tanto.

Carolina. Y sin duda para hacer su conquista te has adornado hoy con seductora gracia?... Cosa admirable! La coquetería. aun antes que la civilizacion, ha penetrado hasta en la Alcarria! — Vamos, Juanita, yo te tomaré bajo mi proteccion; sino quieres casarte con Luis, yo hablaré á tu tia y...

Juanita. No, no hagais tal, porque es su favorito, y se pone furiosa cuando se trata de contradecirla en este punto. Y por otra parte, me ama tanto el pobre muchacho! Figuraos que por complacerme, tiene veinte y dos años y va ahora á la escuela...

Carolina. Es original!

Juanita. Como yo le estaba repitiendo siempre: «Eres un ignorante, un idiota; no sabes mas que destripar terrones y tirar á la barra» ha comenzado á estudiar con mucho ahinco, y hace cuatro meses andaba en palotes y curvas.

Carolina. *(Sonriéndose.)* Oh!... pues ya está bastante adelantado para su edad.

Juanita. Dias pasados me lo decía: «Cuando pienso en tí, Juanita mia, comprendo todo lo que me esplica el señor maestro, y lo ejecuto con una facilidad, con un gusto!... porque entonces me digo á mí mismo: «asi seré digno de ella.»

Carolina. Y no le quieres?

Juanita. Sí, pero no tanto como él y yo desearíamos; y no penseis que sea por su pobreza; no, bien lo sabe Dios; con lo que me dejó mi buena madre al morir, y con esta granja que nos da mi tia, basta para nuestra subsistencia y la de nuestros hijos. Pero desgraciadamente yo he soñado otro mundo del que aqui veo; he imaginado la corte brillante y suntuosa; he imaginado un amor menos franco tal vez, pero mas grande del que Luis me inspira.

Carolina. *(Mirándola con sorpresa.)* Tú, Juanita?

Juanita. Culpa es quizás de que mi educacion no ha sido bastante buena para resignarme á mi condicion humilde, ó de que lo ha sido sobrado para mi clase. Cuando leo esas galanas historias de magníficos bailes, de pasiones combatidas ó vencedoras, lloro y suspiro involuntariamente, porque nada de eso conocemos en la Alcarria. Razon tenia mi tia; cuando me enviábais libros de Madrid, decíame siempre:

veis, es menester que uno conserve su concepto, su reputacion de *fashionable*...

Condesa. Pues bien, id á vestiros: aqui os aguardaremos.

Marqués. Sois muy amable, muchisimo! --- Mas amable que vos, hermosa ingrata! *(A Carolina al marcharse.)*

Basilia. Si ahora no se os ofrece naa, señora, iremos á preparar la habitacion para esotro caballero.

Condesa. Puedes hacerlo, querida Basilia.

Basilia. Hasta dempues. --- Ven tu, Juanita.

ESENA IV.

LA CONDESA, CAROLINA.

Condesa. Celebro que nos dejen solas, porque tenia que hablarte, Carolina.

Carolina. A mí, señora?

Condesa. Siéntate, y escucha. *(Carolina se sienta.)* Asunto es grave el que vamos á tratar, como que de él pende no menos que tu porvenir y tu felicidad. --- Mi salud, bien lo sabes, aunque momentáneamente aliviada, es con todo débil é incierta, y lo conozco, hija mia, pronto quedarás huérfana!

Carolina. Mamá!... *(Llorando.)*

Condesa. No llores: no ves que asi me afliges? --- Por eso quiero dejar asegurada tu suerte; y deseo que te decidas lo mas pronto posible. Supongo que para tí como para mí, mucho significa la venida de Eduardo en estas circunstancias. Despues del interés que te ha demostrado últimamenté, despues de sus indirectas declaraciones conmigo, no me parece vanagloria el suponer que por tí sola viene aqui. Por otra parte, te se ofrece tambien un partido aun mas ventajoso, aunque ciertamente menos lisonjero. --- El Marqués me ha hablado, y no una vez sola, de sus proyectos, y yo le he manifestado que jamas violentaré tu voluntad. Piénsalo bien; es verdad que el uno lleva ventajas físicas al otro, pero no lo es menos que, como dijo antes el Marqués, Eduardo es lo que se llama un calavera de buen tono. --- Impórtame por tanto que medites maduramente sobre nuestra situacion; que comprendas la necesidad de crearte una familia, porque vas á quedar sola muy pronto .. *(Enjugándose las lágrimas.)* No temo que faltes á tus deberes si te decides por el partido menos halagüeño, pero tal vez mas juicioso: el Marqués te apreciará siempre, y creo que serás muy feliz á su lado.

Carolina. Señora, duro me es haber de elegir entre dos hombres que no amo: Eduardo, como sabeis, ha sido para mí no mas que un amigo, un hermano. Con todo, le conozco mas

á fondo, y sería su esposa sin repugnancia, porque mi corazon está libre, madre mia, como siempre lo ha estado.--Creo sin embargo que no llegará ese caso, y que quizás nos engañamos acerca de sus verdaderos sentimientos: dejad que de esto me cerciore, y si es asi... por complaceros... daré la mano al Marqués.

Condesa. Gracias, hija mia, gracias! --- Asi moriré tranquila.--- Pero te hallarás con fuerzas suficientes?

Carolina. Pensaré en vos, madre mia, y el cielo me las dará.

Condesa. (*Besándola en la frente.*) Siempre has sido una buena hija, Carolina, y Dios te protegerá. -- Alguien viene; serenate. --- Es el Marqués; que no sospeche nuestra conversacion, ni se aperciba de tu tristeza. (*El Marqués saldrá vestido con exagerada elegancia; pantalon blanco, frac de montar, guantes amarillos y sombrero de color.*)

ESCENA V.

DICHAS, EL MARQUES, *luego* BASILIA *y* JUANITA.

Marqués. Vamos, no direis que he tardado mucho en mi *toilette;* asi es que el lazo de la corbata está un poco calamitoso. (*Mirándose en un espejo.*) Por mí cuando gusteis.

Carolina. (*Enjugándose el llanto mientras va á la puerta.*) Dios mio! Y he de casarme con este hombre!! --- Juanita, los sombreros.

Juanita. Aqui estan, señorita.

Condesa. Vienes tú, Basilia?

Basilia. Sí señora; daré el brazo á usía; mientras Juanita cuidiará de la casa. Y Luis dónde anda hoy que no le habemos visto?

Juanita. Estará en la escuela, tia.

Basilia. Pues bien, tu quedas encargada de too.

Juanita. (*Poniendo el sombrero á Carolina*). Habeis llorado?

Carolina. Ah!... No te cases nunca con un hombre á quien no ames!

Juanita. Luego el señor marqués...

Carolina. Silencio; que nada oiga mamá.--Estais ya, señora?... (*Afectando alegría.*)

Condesa. Sí, angel mio!

Marqués. Tomad mi brazo. (*A la Condesa.*)

Condesa. No, yo peso mucho y os cansaria; dádselo á mi hija.

Marqués. (*Muy gozoso, y yendo hácia Carolina que se coge de él.*) Decididamente la mamá me proteje!

Basilia. (*Al salir á Juanita*). Mira, date alguna vuelta por la cocina; porque sino.....

Juanita. Está muy bien.... está muy bien.

ESCENA VI.

JUANITA, *despues* LUIS.

Juanita. Bonita ocupacion! Tener cuidado de la casa y andar por la cocina viendo si se quema el asado, ó riñendo á la muchacha si deja pasar la leña.--Dios mio! Dios mio! Cuánto daria yo por salir de esta condicion humilde! «Y qué groseros son los mozos del pueblo.--«Cómo estás, Juanilla? *(Remedando las maneras y la voz de los gañanes.)*--«Juanilla; sabes que te vas poniendo guapa como un demonio?...» Y todos la tutean á una, y todos se creen con derecho para gastar chanzas.... menos Luis. Pobre muchacho! Me trata siempre con un respeto, con una atencion! Pero es verdad lo que dice la señorita; no debe una casarse con un hombre á quien no ame! *(Luis sale por el jardin con un ramillete en la mano, y llama desde lejos á Juanita.)*

Luis. Juanita!.... Juanita!!

Juanita. Quién llama? Calle!... Eres tú? No te habia conocido, Luis. De dónde has sacado ese vestido? Y te vá perfectamente.

Luis. De mis ahorros, Juanita: como sé que no te gustan las polainas, me he comprado pantalon, zapatos, esta chaqueta de paño negro, sombrero redondo...

Juanita Y por qué no lo has guardado para el domingo? Hoy con el trabajo....

Luis. Hoy es dia de asueto, querida: no es tu cumpleaños?... pues por eso me he puesto de gala. Y cuántos caen?

Juanita. Diez y ocho.

Luis. *(Presentándole el ramillete.)* Pues que á los veinte llevemos un año de casados.

Juanita. Qué flores tan bonitas! Y de dónde son?.... Porque en el pueblo no las hay de esta clase.

Luis. Las he cultivado para tí.

Juanita. Muchas gracias, Luis. Tu eres el primero que se ha acordado hoy de mí, y probablemente el único.

Luis. Es que soy el único tambien que nunca te olvida.

Juanita. Vaya, si te sienta perfectamente ese traje!...

Luis. Y has de saber, que ya soy hombre de juicio: un año hace que no voy á la taberna, y ya se me ha olvidado tirar á la barra.

Juanita. Es posible!

Luis. Empleo el tiempo mas útilmente; estudio y aprendo todo lo que puedo en las horas en que no te veo ni trabajo.

Juanita. *(Con risa burlona.)* Y has salido ya de palotes?...

Luis *(Sacando un papel.)* Tú misma puedes verlo.

Juanita. (Leyendo con sorpresa.) «Juanita, yo te idolatro.»--Dios mio Qué bonita letra!---Y es tuya? Cómo en tan poco tiempo..

Luis. Mira, cuando, el año pasado me decias: «Anda, haragano te; que no piensas mas que en beber, y en jugar al chito y á la rayuela, y no sabes casi leer.» Te lo aseguro, se me partia de pena el corazon. Yo conocia que es muy duro á los veinte años confesar uno su ignorancia tratando de ponerla remedio: eso me detuvo al principio; pero al cabo me dije un dia: «Qué diantre! pasémonos la mano por la cara, y aprendamos para que me quiera Juanita.»---Desde entónces fuí á la escuela y estudié con ahinco; y ademas rogué al sobrino del señor cura que me prestase libros, y me enseñase alguna de las muchas cosas que él sabe. --Ya no digo *güeno*, ni *cuidiao*, ni *too*, ni *dempues*, ni echo ternos ni palabrotas... Y todo lo aprendo con una facilidad, con un gusto! porque tú eres la que me inspiras, tú la que me alientas; y solo me llevo un fin en cuanto hago: el de ser digno de tí cuando nos casemos.

Juanita. (Conmovida.) Pobre Luis!

Luis. Bien lo sabes, Juanita, bien sabes cuanto te amo, y que tú eres mi vida, mi tesoro, mi esperanza! A ti te lo debo todo: si no te hubiese conocido, sería siempre un ignorante, un grosero, porque el amor es el sol del entendimiento; él ilumina la razon y la madura, cómo aquel en el campo sazona la verde espiga.---Hasta hoy no te habia querido dar parte de mis progresos, porque deseaba solemnizar á mi modo tu cumpleaños. Y aun no sabes mas que la mitad; el sobrino de nuestro párroco me ha enseñado tambien á contar, á tirar al sable, y mira *(Sacando del bolsillo una pistola y apuntando hácia el jardin.)* Vés aquella alondra, allá, junto al emparrado? *(Tirando.)* Anda si quieres á cogerla.

Juanita. (Enternecida.) Luis!.... Luis mio!..... *(Alargándole una mano.)*

Luis. No..... no me digas todavia que me amas..... aun no te merezco. Aguardemos un año mas... porque seguiré estudiando hasta entonces... y entonces... si me quieres... nos casaremos, y... verás, verás que felices somos!---Vendremos á habitar esta Granja, éh? Aqui aprenderás el piano al que tienes tanta aficion; el organista de Brihuega te dará lecciones.---Tendremos criados, porque hemos de prosperar mucho, no te parece? Y nunca abandonaremos estas pacíficas montañas, Juanita. Verdad que nada echarás de menos aqui? Es tan hermoso vivir donde uno ha nacido, ver siempre el mismo cielo y aspirar la misma brisa!! *(Notando que Juanita baja los ojos con tristeza.)* Es decir, contando con que tu me quieras, porque sino...

Juanita. Qué, Luis?

Luis. (Con amargura y dando vueltas entre las manos á la pistola que aun no ha guardado.) Si mis afanes hubiesen sido inútiles, si tu me despreciases todavia, mira, te lo juro, me mataria!

Juanita. Qué horror!

Luis. Pero muy necio soy en afligirme. No leo en tus ojos que me correspondes? No te he mandado yo mismo que no me lo digas? Vamos, alégrate, hoy no debe aparecer ni la mas leve nube en nuestro pacífico horizonte. Soy tan dichoso! Dime tan solo que me agradeces lo que por tí he hecho, y nada, nada mas ambiciono.

Juanita. Luis, con qué te lo podré pagar nunca?

Luis. Con tu amor, vida mia, con tu amor!

ESCENA VII.

Dichos, la tia BASILIA.

Basilia. Juana? Juanita? *(Saliendo.)* Ya han venido... ya han venido! Y si vieras que güenos mozos son! El uno sobre too...

Luis. Quién, señora Basilia?

Basilia. Ahí estabas tú, Luis? Y qué guapo! con vestido nuevo! ---Juanita, á que ahora no te parece tan feo?

Juanita. Tia!...

Basilia. Porque me lo ha dicho muchas veces... Es tan ordinariote ese Luis, tan záfio, tan...

Juanita. (A Luis con expresion.) Pero era antes!

Basilia. Y yo le contestaba: «Pero tiene tan güen fondo! es tan honrao!» Porque ya sabes hijo mio, que siempre te he querido de veras.

Luis. Bien lo sé, señora, bien lo sé.

Basilia. Señora! Dende cuando te has hecho remilgado y marisabidillo como Juanita? Ya, por eso estais tan conformes y os dirigís esas miradas tan tiernas...

Juanita. Tia, por Dios!

ESCENA VIII.

DICHOS, CAROLINA, EL BARON *y* DON ENRIQUE. *Dos criados con los equipajes.*

Baron. (Sale llevando del brazo á Carolina; don Enrique viene al otro lado.) Pues señor, el pais es delicioso.---Diablo! y qué chicas tan guapas hay por acá!... *(Mirando con atencion á Juanita.)*

Basilia. Mi sobrina para servir á su merced, señor Baron

Carolina. Y mi hermana de leche, Eduardo.

Baron. Y cuando la casamos, patrona?

Basilia. Lo que es novios no la faitan, pero ella como sabe ler y escrebir, tiene unos humillos, que ya, ya.

Baron. Pues por Dios que teneis aqui el sol de la Alcarria. No os parece, Carolina?

Carolina. (*Soltando brúscamente su brazo.*) Si. (*Volviéndose á hablar en secreto con don Enrique.*)

Baron. Qué tono! (*Aparte.*) Sin duda se ha picado! (*A Juanita*) Y no iriais con gusto á Madrid, hermosa?... (*Desde la entrada de los nuevos personajes, Luis ayuda á los criados á desatar las maletas, dirigiendo sin embargo miradas de inquietud á Juanita; despues guiados los tres por la tia Basilia, salen llevándose todos los efectos del Baron y de don Enrique.*)

Juanita. Yo, si señor, con muchisimo gusto... como me he educado allí...

Baron. Hola!...

Juanita. Al lado de la señorita... (*Siguen hablando.*)

Enrique. Por quién sino por vos habia yo de haber venido? Vuestros rigores no han disminuido mi amor, Carolina.

Carolina. O al menos, no os han hecho olvidar el mentirlo.

Enrique. Ingrata!...

Baron. (*Aparte.*) Quiere darme celos con Enrique: imitémosla. Y cómo (*A Carolina.*) le prueban á la Condesa estos aires?...

Carolina. Perfectamente.

Baron. No lo estraño, con tan linda enfermera!---Por qué no os la llevais á Madrid á Carolina?

Carolina. (*Picada.*) Lo haré si teneis empeño.

Baron. Y se fastidia uno aqui mucho?

Carolina. No por cierto; yo no echo de menos la corte.

Baron. Y haceis bien, pues está insufrible. --- Todo el mundo se ha ido al campo, porque asi se hace en Francia los veranos; y ya se ve, como nosotros traducimos las costumbres, los dramas, las modas y hasta las leyes francesas, no hay mas remedio que ir á ahogarse de polvo en Carabanchel ó á morirse de hipocondria en Pozuelo.

Carolina. Y qué ocurre de nuevo por allá?

Baron. En política, que los ministros no son ya tontos; en literatura que hay plagas de comedias originales, y en moral que las mugeres se vuelven gazmoñas despues de haber sido coquetas.

Carolina. Estais terrible, señor Baron.

Baron. Perdonadme, no lo dije por ofenderos.

Enrique. Bien, bien, (*Palmoteando*) perfectamente!---Asi me gustan las in...directas.

Carolina. Olvidásteis añadir que en Madrid se van haciendo los hombres descorteses.

Baron Tal vez, cuando primero se les dá el ejemplo...

Carolina. Y me parece, señor Baron, que para venir á insultarme

podiais haber escusado vuestra visita.

Baron. (*Mirando á Juanita con espresion.*) Pues no siento yo ciertamente haber venido á la Alcarria!

Carolina. (*Fuera de sí.*) A ser testigo de mi enlace?...

Baron. (*Sorprendido.*) Cómo?...

Carolina. Me caso con el Marqués de Albafria. (*Vase.*)

Enrique. Con mi tio!

Baron. (*Saliendo de su sorpresa.*) Se casa!

Enrique. Magnífico!... Tratemos de sacar partido de esto! (*Sale detrás de Carolina que se ha dirigido al jardin.*)

ESCENA IX.

EL BARON, JUANITA.

Juanita. Me parece, señor Baron, que la señorita se ha incomodado con vos y aun conmigo.

Baron. No importa.—Se casa! Y yo, necio de mi, he venido sin duda á hacer un papel ridículo, porque todos, su madre misma sabian... Oh! Si pudiese vengarme, si pudiese humillarla!

Juanita. Si quiere su merced que le enseñe su cuarto...

Baron. No, gracias Juanita, estoy aqui bien.—(*Mirándola y aparte.*) Esta muchacha es preciosa á fé de quien soy... qué aire tan fino, qué modales tan distinguidos, y que sencilla elegancia en su trage!... (*Juanita durante este aparte hace como que arregla la sala.*) Con que, hermosa, cuándo nos vamos á Madrid?...

Juanita. Ojalá fuese ahora mismo, señor Baron.

Baron. Quereis volveros conmigo?...

Juanita. Si la señorita no se casa con vos...

Baron. Y cuando he pensado yo en tal cosa? Habrá tenido Carolina la petulancia de suponer que?...—Aqui me ha traido tan solo el deseo de pasar un mes fuera de Madrid; el de estudiar las costumbres de la aldea, y el carácter de sus sencillos moradores.

Juanita. De lo que ya estareis sin duda arrepentido, porque nuestra provincia no presenta muchos encantos.

Baron. Uno tiene sin embargo que no posée la corte.

Juanita. (*Sonriéndose y con modestia.*) Ademas, yo creo que el campo es el paraiso, solamente al lado de una persona amada.—Entonces es cuando se halla en él poesía; entonces cuando es grato el murmullo de los arroyos, y blando el soplo de las auras; entonces, en fin, cuando las flores parecen hermosas y perfumadas; cuando inspira la luna melancólico deleite. Pero qué sensacion ha de causarnos á nosotros, pobres aldeanos, todos esos placeres que vemos

siempre sin contraste?... Muy bello, muy bello es el sol ciertamente; pero creedme, es triste verle todos los dias asomar en el horizonte, cruzar magestuosamente los cielos, y esconderse en el ocaso; es triste mirarle alumbrar siempre iguales objetos, los yermos campos en el otoño, y las doradas espigas en el verano. Y es triste en fin, cuando algo mas sueña una imaginacion ardiente, cuando algo mas sublime concibe, no hallar siquiera á quien decírselo, no hallar ni uno solo capaz de comprenderlo!

Baron. Qué lenguage, cuanto talento! (*Aparte.*) --- Y qué es lo que vos deseariais, Juanita?

Juanita. Muy poco, ó tal vez mucho; hallar aqui un alma que entendiese á la mia!...

Baron. Pero eso no basta ni debe bastar á vuestra ambicion; la la hermosa perla no debe quedar encerrada en su grosera concha, sino brillar en la corona del Monarca; la bella flor del desierto no ha de morir donde ha nacido, no ha de perder allí su aroma y sus colores... Y vos, vos perla preciosa, vos suave y delicada flor, no habeis de consumiros aqui, ignorada del mundo, dónde teneis un trono; el de la hermosura, el de la opulencia, y ese, Juanita, yo quiero elevároslo!... Allí encontrareis esa vida nueva que soñásteis; allí gozareis los placeres que tal vez codiciais; y allí habrá un hombre que os comprenderá y os adorará.---Juanita, Juanita, (*Alargándole la mano.*) ahora mismo puedo colmar vuestros deseos, y realizar vuestras esperanzas!

Juanita. (*Retirándose.*) Pero á precio de mi honor, señor Baron, y este lo tengo en mas que mis quimeras y que mis pasiones!.... Gracias, mil gracias por vuestras ofertas! Ah! bien sabia yo que no hay aqui quien pueda comprenderme! (*Dirigiéndose lentamente hácia la puerta.*)

Baron. Cómo!... Con que?... Pero así me vengaría de Carolina y... Qué me importa lo demás?... (*Corriendo hácia Juanita y trayéndola al proscenio*) Pues qué? No quereis ser mi esposa?... (*La tia Basilia que aparece ahora, se queda muda de asombro al escucharle.*)

ESCENA X.

DICHOS, LA TIA BASILIA, *despues* LUIS.

Juanita. Cómo!

Baron. Sí; yo os ofrezco mi nombre, mi clase y mis riquezas.

Basilia. (*Dando gritos.*) Dios mio! Dios mio!... Será verdad?... Decidme si estoy soñando, señor Baron!

Baron. No, yo os pido formalmente la mano de vuestra sobrina.

Basilia. (*Fuera de sí.*) Juanita Baronesa!... Yo tia de una baronc-

sa!... *(Corriendo de un lado para otro por el teatro.)* Voy á publicarlo por todo el pueblo!... Qué honor, Dios mio!... Qué felicidad! *(Luis aparece en la puerta atraido por los gritos de Basilia.)* Luis, Luis, alégrate... Juanita va á ser baronesa!

Luis. *(Trémulo.)* Qué dice!

Basilia. *(Saliendo al encuentro de la Condesa y del Marqués que aparecen por la derecha; Carolina y D. Enrique vienen del jardin.)* Señora, señora... Baronesa!... Juanita Baronesa!...

ESCENA XI.

DICHOS, LA CONDESA, EL MARQUES, CAROLINA, DON ENRIQUE.

Condesa. Pero Basilia, qué sucede?...

Marqués. Esta muger se ha vuelto loca!...

Basilia. Loca, si señor, de alegría... porque mi sobrina se casa con el señor Baron. *(Todos lanzan un grito de sorpresa.)*

Condesa. Cómo? esplícate.

Luis. *(Fuera de sí.)* Que mienta, Dios mio, que mienta!

Carolina. *(Con desprecio.)* Está soñando!

Baron. No, no sueña: solo falta que Juanita otorgue su consentimiento.---Decidlo vos: delante de la respetable Condesa á quien debeis tanto, delante de vuestra hermana, porque Carolina lo es, delante de vuestra tia, responded si aceptais las ofertas que os he hecho.

Juanita (Despues de una breve pausa, y separando la vista de Luis que la mira fijamente.) Sí, las acepto.

Luis. Oh! *(Exhalando un gemido convulsivo, sale rapidamente por la puerta del jardin.)*

ESCENA XII.

Los mismos, menos LUIS.

Carolina. *(Reprimiendo su cólera.)* Pues entonces nuestras bodas se celebrarán el mismo dia, porque sumisa á vuestra voluntad, *(A la Condesa.)* aceptó tambien la mano del marqués.

Condesa *(Aparte con tristeza.)* Ah! no será feliz!

Marques. Hermosa! hermosa! *(A Carolina.)* No podia menos de ser mia la victoria. *(Aparte.)* *(Esta escena y las dos anteriores se deben ejecutar con suma rapidez. En este momento se oye un pistoletazo en el jardin y dan todos un grito.)*

Juanita. *(Delirando.)* Corred, corred... salvadle... yo... yo...

Baron. Juanita! *(Corren todos hácia la puerta.)*

Enrique. Un jóven...
Basilia. (*Conociéndole y aterrada.*) Luis!
Juanita (*Con un grito convulsivo.*) Ah!... yo... yo!...
(*Unos corren al jardin; otros acuden á Juanita que ha caido desmayada á los pies del Baron.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gabinete ricamente adornado: puertas en el foro y laterales: por las primeras se ven diferentes salones que los criados empiezan á iluminar.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA (JUANITA), INES, *y otra criada.*

(Al levantar el telon, Juanita vestida con lujo y elegancia, está sentada delante de un tocador. Sus criadas le colocan flores y joyas en la cabeza.)

Inés. Miraos, señora Baronesa; está bien colocado este alfiler?

Juanita. *(Distraida y con negligencia.)* Sí.

Inés. Quereis pendientes de brillantes ó de zafiros?

Juanita. Los que tú prefieras, Inés.

Inés. Os poneis la pulsera con el retrato del señor Baron?

Juanita. Ah!... Sí.

Inés. *(Volviéndose á la otra criada.)* Como siempre, cavilosa, pensativa!... Qué puede faltar á su felicidad? — *(Pausa, mientras Inés pone la pulsera á la Baronesa.)* Miraos en el espejo, señora; ved qué hermosa estais.

Juanita. *(Dirigiendo una mirada desdeñosa al tocador, y exhalando un hondo suspiro.)* Sí... ya está engalanada la víctima! Y tantas envidiarán mi suerte! *(Levantándose.)* El peso de estas joyas abruma mi frente: estas flores en vez de aroma despiden fuego. *(Arrojando el ramillete que tenia en la mano.)* Estará mi esposo en su gabinete?

Inés. No señora: se halla comunicando algunas órdenes en los salones del baile.

Juanita. Son ya las diez?

Inés. Acaban de dar las nueve.

Juanita. Una hora aun de esperar, y seis despues de martirio!

Inés. Necesita alguna cosa mas la señora Baronesa?

Juanita. No, dejadme, dejadme. *(Las criadas se retiran: Juanita vuelve á sentarse con abatimiento.)*

ESCENA II.

EL BARON, JUANITA.

Baron (Sale por el foro y se dirige hácia la Baronesa, que sumida en sus reflexiones no le ve.) Es posible, señora, *(Con aspereza.)* que siempre he de veros triste?

Juanita. Sois vos? Perdonad... no es tristeza, no: es que ascendida por vos á tanta altura, mídola con asombro, y vivo deslumbrada de ese fulgor á que mis ojos no estaban acostumbrados: es que temo que no me ameis, y que cada una de esas humillaciones que sufrís por mi causa, amenguen vuestro cariño, y os hagan pór fin odiarme!

Baron. (Sentándose junto á ella.) Odiarte, Juanita, á tí á quien amo tanto?... Y eso temes?....

Juanita. Lo temo, señor Baron, porque no me amábais cuando os casásteis conmigo: lo temo, porque á mí, aunque torpe é ignorante aldeana, no se me ocultó que me ofrecísteis vuestra mano en despique... — No digais que no... no lo digais, porque los dos lo sabemos muy bien! — Despues tal vez mi afecto respetuoso y profundo, despues mi abnegacion completa, os han inspirado sin duda aprecio hácia mí, pero...

Baron. Eres injusta, ó no sabes leer en mi corazon. — Mira, sientes como palpita?... Pues es porque estoy á tu lado; es porque siento al tuyo latir dulcemente junto al mio. — Yo te lo juro, Juanita, y debes creerme. — Destierra esa eterna sospecha, que á entrambos nos martiriza. Nunca, nunca estoy mas orgulloso que cuando te presento á todos como mi esposa, como mi esposa legítima: nunca me envanezco tanto como cuando alguna voz sincera ó aduladora, murmura á nuestro oido: «El cielo es justo, porque premia la virtud y la hermosura.»

Juanita. (Estremeciéndose.) Oh!!

Baron. Algun dia tal vez, te lo confieso, sentí haberme dejado arrastrar por el arrebato de un momento: alguu dia temí arrepentirme de lo que el mundo llamaba mi locura; pero era porque entonces no conocia yo mas que la belleza de tu rostro; porque entonces no sabia aun que tu alma es mil

veces mas hermosa, y que tu corazon es tan bello como tu alma!

Juanita. Pero por mí habeis perdido amigos y relaciones; por mí os habeis enemistado con todos vuestros parientes.

Baron. Y qué precio es ese para la dicha que he alcanzado? Qué importa que esa sociedad vana y orgullosa te rechace, si es á mis brazos adonde te arroja? Qué importa que el mundo nos censure, si somos felices lejos de él? Mira, Juana mia, á tu lado es cuando yo comprendo otra existencia nueva; cuando vuelven á mí, cual rayos benéficos de luz, las blandas ilusiones de la infancia; cuando creo en todo, en Dios, en la virtud y en el amor. — Al verte á tí, tan cándida, tan pura, solo ha cabido en mí un sentimiento, el de mi cariño; solo ha cabido en mi un pesar, el de no haberte conocido antes. Y por eso yo quiero rodear tu vida de encantos y de placeres; por eso si primero hemos pasado tanto tiempo retirados y solos en las márgenes deleitosas del Guadalquivir, despues he querido venir á la corte á ostentar el tesoro que yo he sabido descubrir. No es verdad que en los años de nuestra union solo tu felicidad me ha desvelado, que solo tu alegría ha sido mi alegría?

Juanita. Sí... sí!! Cuánto os debo!

Baron. Tú sentias alejarte de las personas que cuidaron de tu niñez, y yo traje con nosotros ademas de tu tia, á ese pobre muchacho que quiso suicidarse por la pérdida de sus bienes, y que habia sido el compañero de tu infancia...

Juanita. Dios mio!... Dios mio!! *(Estremeciéndose.)*

Baron. Cuando deseaste ver el mundo, vinimos a Madrid... No te acuerdes, no, de la humillacion gloriosa que hemos sufrido; no te acuerdes de los desaires de esos que acojen al vicio impudente cuando se encubre bajo el atavío de los blasones, y rechazan á la virtud humilde, pero refulgente de pureza y de santidad. A esas almas degradadas y miserables, desprécialas; á esa turba de parásitos aduladores confúndelos con tu humildad; á esas mugeres orgullosas, manifiéstales tu grandeza. — Esta noche, para vengarnos de la ofensa de los que alli nos ultrajaron, esta noche vas á recibir en tu casa á lo mas distinguido y elegante de Madrid. — Pues bien, vida mia, en cambio de mis afanes, de mi ternura y de mi cariño, solo te pido un premio, solo te pido que me ames!

Juanita. Y como no pudiera? — Vos habeis sido noble y generoso conmigo: ademas de sacarme de la oscuridad de mi clase, habeis sembrado de flores la distancia que nos separaba, dedicando vuestra existencia á embellecer la mia, y á dulcificar cualquiera amargura que el cielo me deparase. Me habeis rodeado tambien de todas las personas que estimaba... *(Deteniéndose y bajando los ojos.)* me habeis dado en fin

vuestro nombre, que será el de mi hijo...---No basta cual quiera de estas cosas para apreciaros eternamente? No basta para que nunca olvide vuestra bondad, y para que eterno sea mi agradecimiento? Como recuerdo de vuestros beneficios, como monumento de vuestro cariño, al lado de las preciosas galas y de las magníficas joyas que me habeis dado, conservo el pobre traje con que me visteis por primera vez, y que abandoné para vestir el de vuestra clase.

Baron. Pero Juanita mia, todavía no me has dicho si me amas!

Juanita. (Con efusion y estrechando una mano del Baron entre las suyas.) Y es menester que lo digan mis labios?... *(Aparece Luis en la puerta del foro, en traje sencillo, pero elegante. Está pálido y abatido, y se distingue en su frente una ancha cicatriz.--- Al verle, exhala Juanita un grito ahogado y suelta la mano del Baron.)*

ESCENA III.

Dichos, LUIS.

Baron (Volviendo la cabeza.) Sois vos, Luis?

Juanita. Ah!

Luis. Sentiría molestaros, señor Baron; pero vengo á traeros los periódicos de esta noche, y las cartas de Valencia que se acaban de recibir. Como dentro de dos horas sale el correo.....

Baron. Y será preciso contestar, porque ese negocio no admite demora. *(Levantándose.)* A ver, dadme. *(El Baron abre las cartas y las ojea rápidamente.)* Vos escribiréis; os fio enteramente la conclusion de ese asunto.

Luis. Pero...

Baron. Sois digno de mi confianza, y la poseéis entera. Como prueba de lo satisfecho que estoy de vuestros servicios, os aumento la asignacion señalada. Desde hoy teneis seis mil reales.

Luis. Sr. Baron...

Baron. (Llegándose á Juanita.) Es muy despejado este muchacho, muy juicioso, y sobre todo la probidad misma. No podia haber hecho mejor eleccion para secretario y mayordomo. ¿Y crees tú que habrá desechado las fatales ideas que le hicieron un dia atentar contra su existencia?

Juanita. (Estremeciéndose.) Seguramente.

Baron. Sin embargo, la cicatriz la conservará siempre como recuerdo. *(Dirigiéndose á Luis.)* Hubiera sido lástima que un arrebato...

Luis. (Con amargura.) Es verdad, Sr. Baron, un arrebato!

Baron. ¿De qué estáis arrepentido, no es cierto? Ahora te-

neis asegurada vuestra suerte, y además cuando uno es jóven no debe desconfiar nunca del porvenir. A cuánto llegaba lo que os arrebataron las hordas facciosas?

Luis. Era muy poco, Sr. Baron; pero destruia mi esperanza de poseer á la muger que amaba.

Baron. Porque sus parientes no os admitirian viéndoos pobre y sin recursos. Mas ahora...

Luis. Ha muerto para mi: se ha casado!

Baron. *(Conmovido y á Juanita.)* Pobre jóven! Y que nobleza de sentimientos y de ideas! Parece imposible que en un lugar... *(Sigue abriendo las cartas)* Y que es ésto?... Una cuenta de la modista de tu tia, Juanita. Desde que estamos en Madrid ha perdido la cabeza... flores, plumas, blondas... Sin remedio está loca!---*(Con aspereza.)* Sabéis que nos vá á poner soberanamente en rídiculo si se presenta en el baile con tales perifollos?...

Juanita. Yo lo evitaré.

Baron. No hay paciencia que baste para ella; todos los dias exigencias estravagantes .. y esos conatos de elegancia que tan mal sientan en su edad y... en su educacion...

Luis. *(Alargando á Juanita un papel que saca del bolsillo.)* Esta es la lista de vuestras limosnas, Sra. Baronesa.

Baron. *(Mudando de tono.)* Tus limosnas, Juanita?... Como!... ascienden á las dos terceras partes de tu asignacion para alfileres!...

Juanita. Y á qué objeto mas digno podría dedicarla?

Baron. Eres un ángel!... *(A Luis.)* Os doy gracias por haberme descubierto en ella una nueva cualidad que yo ignoraba. Qué contraste! Tú jóven y hermosa, tú rica de ilusiones y de juventud, prefieres á las galas el alivio de los desgraciados, mientras tu tia...

Juanita. Perdonadla!

Baron. Sí, pero cuida tu de corregirla, y de inspirarle esos sentimientos nobles y delicados que me hacen idolatrarte!

Luis. *(Acercándose trémulo.)* Aqui es indispensable vuestra firma: la mia no serviria de nada.

Baron. Es verdad: aun es temprano, y tengo tiempo: dadme esas dos cartas, y yo contestaré en un instante. Al momento vuelvo, Juanita.

Juanita. *(Con inquietud)* No tardeis! Si empieza á llegar gente, yo no sabré hacer sola los honores...

Baron. En dos minutos acabo. *(Entra en un gabinete.)*

ESCENA IV.

JUANITA, LUIS.

(Juanita se vuelve à sentar donde estaba: Luis despues de una pausa se acerca á ella, y le dice con el tono amargo é irónico que debe conservar toda la escena.)

Luis. Está indispuesta la señora Baronesa?...

Juanita. No es nada... un poco de cansancio, de abatimiento...

Luis. La vida de la corte es mas agitada que la de nuestras montañas; allí pasan los dias uniformes y tranquilos, y aqui cada uno trae consigo alguna fiesta brillante, ó algun suceso estraordinario. Y qué mas bello que esa succesion de placeres, que ese aturdimiento de la alegría, que esa embriaguez de los sentidos y de las facultades del alma?...

Juanita. Tanto os agrada Madrid?...

Luis. Tanto como á vos, señora Baronesa, que lo soñabais antes á todas horas, que le veíais al través de rosados prismas y de mágicos colores. Sí, aqui todo constituye una existencia nueva; la diversidad de sensaciones, la de goces inesperados...

Juanita. Dios mio!

Luis. Allá, pobres aldeanos, no conocemos mas que el sol que vivifica nuestro suelo, y la luna que brilla mientras dormímos sosegados; allá no concebimos mas que esas ocupaciones toscas y groseras, que sin duda escluyen toda pasion, y todo instinto noble... No tenemos allí mas que la verde alfombra de Dios, esmaltada de purísimas flores; no tenemos ricos salones tachonados de oro, ni otras luminarias que las estrellas de la boveda celeste... Bien hacíais, señora, en odiar aquella modesta existencia, y en anhelar otra mas brillante y fastuosa.---Ahora todos vuestros votos están colmados.---Sois rica, poderosa, y considerada... Si concebís un deseo cualquiera, todos se afanan por satisfacerlo; si anhelais una gala riquísima, vuestro esposo se apresura á dárosla... Si soñais algun placer nuevo, al punto podeis gozarlo. Señora Baronesa, qué feliz, qué feliz sois!

Juanita. *(Ocultando sus lágrimas.)* Feliz!...

Luis. Ademas, vuestra conciencia debe estar tranquila, porque siempre habeis obrado bien. No habeis olvidado á vuestros amigos ni á vuestros parientes: sois su apoyo y su consuelo: sois el consuelo y el apoyo de todo el que es desgraciado. A vos os debo tambien cuanto soy: cuando privado de todo, cuando viendo destruido mi porvenir quise darme la muerte, Dios y vos

fuísteis mis libertadores: Dios, porque no permitió que mi herida fuese mortal; vos, porque os dedicásteis á cuidarme con la abnegacion de una madre ó de una hermana; porque luego me tendísteis una mano protectora, dándome el pan de vuestra grandeza, dándome el salario de vuestra opulencia... Gracias, señora, gracias... habeis sido leal y generosa!

Juanita. Luis! *(Levantándose.)*

Luis. Perdonadme, pero dos años he vivido junto á vos sin espresaros mi reconocimiento; en dos años no se han abierto mis lábios para deciros mi gratitud, para bendeciros porque me habeis conservado la vida de que intenté privarme en un instante de arrebato, esta vida tan rica de encantos y de ilusiones que me habeis devuelto con vuestros cuidados; esta existencia henchida de goces, porque es nueva para mi, porque en ella está colmada mi ambicion, porque os veo tan venturosa, tan feliz como merecíais serlo, y porque os veo en fin á mi lado!

Juanita. (Con dignidad.) Olvidais que ese lenguage?...

Luis. (Con ironia.) No me habeis comprendido, señora Baronesa: no os hablo de sentimientos que serian en mi criminales, y que vos no podriais escuchar: os hablo de esa ternura de hermano que siempre os profesé: de esa sublime abnegacion de amigo; os hablo en fin del aprecio de que sois digna, vos tan buena, tan noble, tan compasiva!—Ya veis que os falta derecho para negarme este placer; ya veis que de aquella existencia marchita ha nacido otra mas robusta y mas lozana... bien veis que al devolverme la vida, habeis purificado mi alma!

Juanita Debemos separarnos, Luis: debemos evitar estas conferencias dolorosas...

Luis. Dolorosas!... Para vos sin duda! para mi, no!—Mas si quereis que para siempre concluyan, decid una palabra sola, mandadme que me separe de esta casa... y nada, nada os deberé ya!

Juanita. (Horrorizada) Oh!!

Luis. Alguien viene... serenaos.

ESCENA V.

DICHOS, CAROLINA *y* EL MARQUES.

Carolina. Buenas noches, querida. Tan solita aun! Ah!... *(Dirigiendo una mirada significativa al Marques.)* No! estabas con tu secretario, es decir, el de tu esposo. He venido tan temprano por tener el gusto de hablar contigo á solas... *(Se sientan.)*

Juanita. Mil gracias!

Marqués. Y qué tal, Baronesita, qué tal os parece Madrid?

Juanita. Delicioso, señor Marqués.

Marqués. Un poco diferentes son sus costumbres de las de la aldea, pero ya os ireis haciendo á ellas.

Carolina. Ademas, Juanita ha pasado cerca de dos años en Sevilla...

Marqués. Y cómo os ha recibido allí nuestra clase?...

Juanita. Hemos hecho un vida muy retirada, señor Marqués; Eduardo gustaba de la soledad...

Marqués. Y muy buen gusto que tiene: la soledad á vuestro lado debe ser el paraiso.

Juanita. Pasábamos grandes temporadas en el campo...

Marqués Como nosotros!... Figuraos que todo el luto de mi suegra ha transcurrido en mi posesion de Arganda. — Allí no veíamos á nadie, es decir, escepto á mi sobrino Enrique, que nos ha cobrado un cariño... no se aparta de nosotros ni un instante. Los años, lo que hacen los años! Antes era un calaverilla, sin fundamento, sin formalidad para nada, y ahora se está las horas enteras al lado de Carolina, que no le mira con muy buenos ojos, y al de una persona de tanta gravedad como yo.

Carolina. Capricho que le pasará mañana... Vos creeis que ha sentado, y nunca le ha visto peor.

Marqués. Eres injusta, siempre previniéndome en contra suya, y él poniéndote continuamente en las nubes....

Carolina. Y á tí querida, quien te acompañaba en tus escursiones campestres?...

Juanita. Mi tia no mas.

Marqués. Y por supuesto *(Mirando con malicia á Carolina.)* vuestro secretario?... Es mucho el aprecio en que le tiene el Baron! Oh, el muchacho lo merece! eso es aparte! *(Echándolo el lente, y por lo bajo á Carolina.)* Y está mucho mas feo con esa maldita cicatriz...

Carolina (Al Marqués.) Pero es su hoja de servicios, su recomendacion!... — Y esperas *(á Juanita)* mucha gente esta noche?..

Juanita. Eduardo ha convidado á todas sus relaciones.

Carolina. Sin embargo, bastantes faltarán, porque, entre nosotras bien puede decirse, aun duran, si bien descrecidas, las preocupaciones de la clase. Yo ya ves cuan lejos estoy de aprobarlas; pero no todos piensan del mismo modo, y mucho dudo que la alta aristocracia se presente en tus salones. A propósito, qué es lo que te sucedió noches pasadas con la marquesa de Malvar?.... Se habla tanto de ese lance...

Juanita. (Cortada y bajando la vista.) Eduardo se empeñó en llevarme á su tertulia, y la Marquesa no salió á recibirme ni se levantó siquiera de su asiento...

Carolina. Añaden que tu marido en despique de ese desaire, ha

querido dar esta funcion, convidando indistintamente á todo el mundo, títulos, particulares, literatos, artistas...

Juanita. Sí, quiere imitar las reuniones del estrangero, en las que tanto valen la virtud y el talento como la gerarquia social.

Marqués. Dificil me parece su intento, porque aqui, Baronesita, conservamos mil rancias preocupaciones, que han menester mucho tiempo para desarraigarse...

Carolina. Supongo que no llevarias á tu tia al baile de la Marquesa, porque la pobre muger no ha aprendido todavía á hablar ni á vestirse... Pero, mirala, aqui viene... Dios mio! *(Basilia aparece por la derecha vestida con gran ridiculez y muy embarazada con su trage; al verla, Juanita se levanta y va hácia ella; Carolina, el Marqués y D. Enrique, que sale por el foro, se rien descompasadamente.)*

ESCENA VI.

DICHOS, BASILIA y DON ENRIQUE.

Juanita. Tia!...

Basilia. Qué es esto?... Qué es esto? Qué ocurre?... No parece sino...

Enrique. Plumas!... arracadas!... Ah... ah... ah!...

Carolina. Basilia, quién os ha peinado?

Basilia. Quién ha de ser, señora Marquesa? El mejor peluquero de Madrid; el peluquero de la Reina madre...

Enrique. Es decir, el peluquero de Maria Luisa!

Carolina. Y quién os ha vestido?

Basilia. Mi doncella, la que tenia vuestra madre cuando se casó.

Carolina. Pues el peluquero y la doncella son sin duda vuestros mas encarnizados enemigos.

Basilia. Enemigos?

Carolina. Sí, porque os han puesto en el estado mas deplorable... Ah... ah!...

Juanita. Es menester que siquiera os quiteis esas plumas.

Basilia. Mis tres plumas que han tardado tres horas en ponerme?...

Enrique Cabal, á hora por pluma!

Carolina. *(Levantándose y yendo adonde estan Juanita y Basilia.)* Y esos pendientes de piedras... y ese canesú!... Si es menester que os vistais de nuevo...

Basilia. *(Viendo que Juanita le quita las plumas.)* Qué lástima! Y hacian tan bien! Lo mismo las tenia la señora Condesa, vuestra difunta madre, el dia que se casó.

Carolina. Hará la friolera de treinta años!! -- Quitaos, quitaos esas arracadas, que solo llevan ya las pasiegas...

Basilia. Las pasiegas... qué horror!... *(Arrojándolas con desprecio.*

Carolina. Y ese canesú...

Basilia. El canesú tambien?...

Juanita. Tomad esa manteleta. *(Sacándola de su tocador.)*

Enrique. *(Al Baron.)* Qué decís de esta escena, tio mio?

Marqués. Ah... ah!... Que es chistosísima!...

Enrique. Pues... y de esa otra? *(Señalando á Luis que se pasea por un salon de afuera.)*

Marqués. Que es infame!

Enrique. Era de presumir! Un enlace tan desigual, tan monstruoso, que los ha hecho la fábula de Madrid!

Marqués. De Madrid? Dí de toda España! *(Mirando á Carolina y á Juanita que siguen vistiendo á Basilia.)* Qué diferencia!

Enrique. Ah! no sabeis la perla que poseeis!

Marqués. Si lo sé? Figúrate que me entrega todos los billetes que la obligan á recibir, y que me refiere todas las declaraciones que le dirigen!

Enrique. Eso es admirable!

Marqués. Sobre todo en este siglo de corrupcion, donde no hay mas que volver la vista... Tal vez sea yo esta noche el único marido que... *(El Baron aparece en la puerta del gabinete á donde entró, y le da á Luis dos cartas que trae en la mano.)*

Baron. Haced que las lleven al correo. *(Luis se va por la puerta del foro, y vuelve á salir á poco: el Baron se llega á saludar á Carolina, y despues á hablar al Marqués.)*

ESCENA VII.

EL BARON, EL MARQUES, DON ENRIQUE, CAROLINA, JUANITA, BASILIA, LUIS.

Marqués. Por ejemplo... *(Señalando riéndose al Baron.)*

Enrique. De seguro, sois el único!... *(Acercándose con sigilo á Carolina.)* Se os pasó el enfado de anoche? *(A media voz.)*

Carolina. Jamás olvidaré vuestra infamia!

Enrique. Cruel!

Carolina. Necesito hablaros aqui mismo luego.

Juanita. Vamos, ya estais, tia... Qué os parece, señora Marquesa?

Carolina. Con tal de que no abra la boca...

Juanita. *(Aparte con amargura.)* Siempre humillándome!

Baron. Empiezan á llenarse los salones, y si quereis podemos pasar á ellos...

Marqués. Como gusteis, señor Baron. — Baronesita, tomad mi brazo... *(El Baron da el suyo á Carolina.)*

Carolina. *(Al Baron.)* Juanita está hermosísima... Sereis muy feliz, Eduardo!

Baron. Ah! vos no lo sabeis bien! *(Vanse seguidos de don Enrique: Basilia se queda delante del tocador arreglando su adorno.)*

ESCENA VIII.

BASILIA, LUIS, *en un estremo.*

Basilia. Pues decid lo que querais, antes estaba mejor. Aquellas plumas daban una magestad, una importancia... y sobre todo las arracadas... me pondré esta azucena... no te parece, Juanita? *(Volviéndose.)* Calla, me han dejado sola!.... Así podré adornarme á mi gusto... A ver esta flor, no está bien... Un lazo á la derecha... Y á la izquierda este ramillete de rosas... Perfectamente. La muger debe siempre abandonarse á sus propias inspiraciones... y esta noche voy á hacer honor á mi sobrina. *(Suena dentro un wals.)* Ya están bailando! Que lástima que yo no sepa todavía mas que rigodones... y no es porque todos los dias no tarde dos horas en dar leccion... y hoy por mas señas tengo destrozados los pies... se empeñan en que los he de volver... *(Luis se adelanta observándola.)* El wals, sobre todo el wals... es tan bonito aquello de lán... rá... lá... lán... ralá, lá.... *(Dando una vuelta y viendo á Luis.)* Hola! Ahí estabas?...

Luis. Viendo como habeis cambiado, señora!

Basilia. De clase sí, pero de corazon...

Luis. Tambien vos que solo pensabais antes en la felicidad de los que os rodeaban, que erais tan buena y respetable, os habeis vuelto ahora futil y vana... Perdonadme, perdonadme que os lo diga, pero al miraros estudiando vuestras palabras á todas horas, y vuestros movimientos ante un espejo, no reconozco en vos á la que cuidó de mi infancia, á la que me sirvió de madre, sino á la que en un solo momento vendió mi felicidad por un fausto insensato y despreciable!

Basilia. Luis!...

Luis. Bien sé que mis palabras son amargas, pero no teneis el derecho de quejaros, vos la única que podia haber evitado mi infortunio con una revelacion franca, vos que podíais haber dicho al Baron toda la verdad, toda!... Creéis que entonces hubiera aceptado la mano de vuestra sobrina?... Creéis que no me hubiera dejado el lugar que me usurpaba? Ella, pobre niña, deslumbrada y ambiciosa, no vió mas que el porvenir halagüeño: no vió mas que un título que hoy le pesa; que esas galas que hoy son su afrenta; que esos placeres que hoy la matan!... Pero vos, con vuestra esperiencia, con vuestros años...

Basilia. Pues no son tantos...

Luis. Vos habeis cometido una falta sin disculpa; aun mas: un crímen horrible: habeis hecho la desgracia de dos personas, porque Juanita no es feliz, porque no ama al Baron...

Basilia. Silencio, cállate por Dios, Luis, cállate! Si te oyesen...

Luis. Os espondríais á perder esas joyas, las comodidades que tanto os placen; os espondríais á perder vuestro maestro de baile...

Basilia. Sosiégate, hijo mio, sosiégate!... Ya sabes que yo siempre te quiero... pero por lo mismo, por tu tranquilidad, por la de Juanita, es menester que con cualquier pretesto te alejes de esta casa... Quizás ya la murmuracion... y si llegase la verdad á oidos de Eduardo, si supiese... que no la pérdida de tus bienes, sino la de mi sobrina, te impulsaron á cometer un crimen tan... Dios mio!... seria horrible! Es menester que te separes de nosotros; yo haré que el Baron te envie de administrador de sus haciendas de Granada... alli te distraerás... Y quién sabe si dentro de un año te veremos volver casado?

Luis. Señora, cuando yo estaba en aquel lecho de muerte, cubierto de lágrimas y de sangre, vino una voz de ángel á decirme: «Vive, vive, yo te lo mando...» Por eso me sometí á una curacion larga y penosa; por eso en mis noches de desesperacion y de angustia, no desgarré de nuevo mi herida ni atenté otra vez contra mi existencia... Y no creais que una infame esperanza alimentaba mi vida; no creais que soñaba rosadas y blandas ilusiones... Era mayor que la muerte el suplicio que me ordenaban, y sin embargo viví porque no tenia fuerzas para resistir al menor de sus deseos... Ahora, bien lo veis; dos años he vivido a vuestro lado, dos años he vivido triste é infeliz, cumpliendo un destino miserable, procurando la felicidad de de todos y sin buscar siquiera la mia... Ni una palabra, ni una reconvencion han proferido hasta hoy mis labios; cuando veo aparecer alguna nube ligera en el horizonte de su ventura, yo procuro disiparla; si el Baron manifiesta descontento por algo, yo despliego ante sus ojos el cuadro de las virtudes de Juanita; yo desanublo su frente con el recuerdo de alguna accion buena, con la confianza de las otras que medita... Asi he vivido, señora, abrevado de amargura y de desconsuelo, saciado de sufrimientos y de dolor... y sin embargo, separadme de esta existencia horrible, quitadme esta felicidad espantosa... y...

Basilia. Luis!!

Luis. Qué otro remedio me quedaria?...

Basilia. Dios mio! Dios mio!

ESCENA IX.

DICHOS, CAROLINA, DON ENRIQUE.

Carolina. Sí, aqui podemos descansar. — Cómo, Basilia, no vais al salon? Quién mejor que vos podia hacer los honores?

Basilia. (Recobrando su aire de importancia.) He encomendado ese cuidado à mi sobrina la Baronesa.

Carolina. Pues vuestra sobrina... *la Baronesa*, no se da mucha maña... Es verdad que està triste y pensativa.

Basilia. Nos va à comprometer! *(Aparte con inquietud.)*

Carolina. Hola! Habeis variado vuestro tocado?... Ciertamente teneis el instinto del buen gusto.

Basilia. De veras? *(Mirándose en el espejo.)*

Carolina. Nadie diria al veros que nunca habeis gastado esas cosas.

Enrique. (Aparte á Carolina.) Si la deteneis asi, no podremos hablar en toda la noche. *(Suena otra vez la orquesta en los salones.)*

Carolina. Rigodon! No lo bailais?

Basilia. Rigodon! Sí, hace ocho dias que se lo tengo ofrecido al Conde de Prado-Verde. — A Dios, Marquesita... Voy corriendo... — No hay nadie que me dé el brazo? *(Don Enrique hace que no lo oye.)* Grosero!! — Acompañadme... *(A Luis que se pone á su lado.)* Es decir... seguidme! *(Sale por el foro con gran solemnidad; Luis la sigue à corta distancia.)*

ESCENA X.

CAROLINA, DON ENRIQUE.

Enrique. Ah... ah! Habeis visto muger mas divertida?

Carolina. Decid mas ridícula! Y cómo va à sorprenderse encontrando en vez de la gente que esperaba tan solo artistas y particulares!! No hay otras personas de la clase que nosotros y ese viejo Conde, de quien se muestra tan ufana!... Siento en verdad no verla bailar...

Enrique. Serà delicioso!...

Carolina. Todos los dias se pasa tres horas encerrada en su cuarto con el maestro de baile, haciendo piruetas y *balancés*... Ademas, està aprendiendo à leer y à escribir, y à convertir su lenguage de soez en chavacano.

Enrique. Pero dejémosla en paz con su ridiculez, y tratemos de lo que mas nos interesa. Decidme si me habeis perdonado....

Carolina. Nunca!.. Dar el brazo à la Duquesa, cuando sabeis que me odia tanto!

Enrique. (*Con petulancia.*) Ya, como habeis triunfado de ella...

Carolina. Pues por lo mismo debíais evitar todo trato...

Enrique. Celos!..

Carolina. (*Picada.*) Celos!!! No los sienten sino las personas que aman...

Enrique. Y vos sin duda no los sentís?.. Mil gracias. (*Levantándose.*)

Carolina. No seais niño, Enrique; aun podemos arreglarlo todo... una condicion pongo para olvidarlo... y para confesaros que... tuve celos!.. (*Con coqueteria.*)

Enrique. (*Volviéndose á sentar á su lado.*) Hablad, hablad hermosa!

Carolina. Es cosa muy sencilla, que desenmascareis à esa hipócrita...

Enrique. A la Baronesa?

Carolina. Sí, à Juanita!---Debilidades, que quereis, debilidades de muger; pero os aseguro que la aborrezco mortalmente....

Enrique. Aunque no es mas linda que vos!

Carolina. Sus pretensiones, su orgullosa humildad...

Enrique. Que os importan? ella reconoce vuestro mérito, y os acata como antes.

Carolina. Sin embargo, es un capricho...

Enrique. A que debeis renunciar.

Carolina. Mirad (*Con coqueteria.*) que tendré celos de la *Baronesa.*

Enrique. Vamos, y qué quereis que yo haga?

Carolina. Muy poco; que indirectamente reveleis à Eduardo el pago que logran sus beneficios.

Enrique. Pero eso es una venganza, no un capricho.

Carolina. Bien, sea venganza si os empeñais, pero no sin motivo ciertamente. Juanita, ó la Baronesa como vos decís, no pierde ocasion de dirigir amargas sàtiras contra las mugeres que faltan à sus deberes, contra las que son infieles à sus maridos... Ya conoceis cuan chocantes son semejantes palabras en su boca...

Enrique. Y qué se os dà?... Dejemos vivir à todo el mundo.

Carolina. Ademàs, ese pobre Baron, à quien siempre aprecio como à un hermano, no merecia que le engañasen tan inicuamente. Es menester pues que sé lo descubramos todo...

Enrique. Bien, un anónimo...

Carolina. Ya no merecen crédito de nadie, y Eduardo lo despreciaría... Es necesario que vea que la sociedad publica y escarnece lo que él solo ignora...

Enrique. Y cómo?

Carolina. Esta noche, con cualquier pretesto sacais la conversacion delante de mi marido... él os ayudarà y referis toda la historia que os he contado...

Enrique. Serà falsa quizàs...

Carolina. Escusas siempre!... Sabeis que voy sospechando?...

Enrique. (*Levantándose.*) Y sabeis que yo he sospechado ya que vuestro capricho no està exento de interés? Sabeis que aho-

ra recuerdo que habeis amado antes al Baron, y que os casásteis con mi tio por despecho?... Y sabeis por último que no quiero ser el instrumento de una venganza ruin y villana?

Carolina. A tales insultos se responde con el desprecio.---Salid!

Enrique. Carolina!

Carolina. Ni una palabra mas. --- Salid.

Enrique. No me volvereis à ver. (*Al ir á marcharse precipitadamente por la puerta del fondo, aparece en ella el Marqués, y le estorba el paso.*)

ESCENA XI.

DICHOS, EL MARQUES.

Marqués. Cómo! Otra nueva riña! Y querias marcharte?... (*A Carolina.*) Tu tendrias la culpa sin duda... Es mucha la aversion que tienes á este pobre muchacho.

Carolina. Ese caballero es insufrible!

Enrique. Veis? Lo mismo me trata siempre!

Marqués. Y todo habrà sido como de costumbre, alguna disputa sobre modas ó...

Enrique. Precisamente... La señora Marquesa tiene unas aprensiones...

Carolina. Sin embargo, estoy resuelta à no desistir...

Marqués. Vamos, no volvais à empezar vuestra contienda. Carolinita, siquiera porque yo lo deseo, es menester que trates mejor à ese pobre chico... Mírale qué cabizbajo està... Es un poquillo calavera, pero quién no lo ha sido à su edad? Yo mismo...

Carolina. Consiento en perdonarle con tal de que no insista mas...

Marqués. (*Yendo hácia Enrique.*) Lo oyes? Consiente en perdonarte... No te hagas tú ahora el desdeñoso... Por lo mismo que yo soy tan amigo de la armonia universal, no parece sino que todos... Vamos, Carolina, esa mano; Enrique, (*Haciendo que le dá la suya.*) queda firmado el tratado de paz.

Enrique. Y de alianza...

Carolina. (*Por lo bajo.*) Ya sabeis mis condiciones...

Enrique. Estoy resuelto à cumplirlas.

Marqués. Perfectamente! Cuànto me alegro de veros ya de acuerdo! Es un placer vivir asi los tres, tan unidos, tan .. A vuestra edad las disensiones son ràfagas que oscurecen un momento el sol... Y à la mia tambien, porque ya sabes (*A Enrique.*) que no tengo mas que treinta y cuatro años...

Enrique. No he de saberlo, tio, si hace veinte que me lo estais repitiendo?

Marqués. Picaruelo!

ESCENA XII.

DICHOS, EL BARON, JUANITA, *á poco* LUIS *y en seguida diferentes convidados.*

(El Baron sale detras de Juanita, que abrumada de cansancio y de fastidio se deja caer sobre un sillon, en el lado opuesto al que ocupan los demas personages: Luis aparece en el dintel de la puerta y los observa.)

Baron. Señora, vuestra tia nos està poniendo completamente en ridículo, y me tiene avergonzado toda la noche.--Cuando entró en el salon, ya lo visteis, todo el mundo se rió estrepitosamente de su trage y de su peinado. Despues al bailar aquel rigodon con el conde de Prado-Verde, ha sido aun mayor la befa. No visteis los aplausos burlones que coronaron su maldecido *solo*?

Juanita Y qué quereis que yo haga?

Baron. (Con dureza.) Vos teneis la culpa de todo!

Juanita. Yo?...

Baron. Sí, porque no debísteis consentir en que se presentase de ese modo en el baile, porque no debeis permitir que haga cosas impropias de su edad y de su educacion; porque no tratais de corregirla. Y una vez que no quereis complacerme siquiera en esto, lo haré yo mismo. Mañana le manifestaré toda la ridiculez de su conducta, y sino se enmienda, será preciso separarla de nuestro lado.

Juanita (Dando un grito de sorpresa.) Ah!... Separarme de ella?

Baron. Queréis mejor que nos deshonre à todas horas?...

Juanita (Sollozando.) Dios mio!...

Luis. (Llegándose al Baron que se ha alejado de Juanita con enojo.) Creo que la señora Baronesa se siente indispuesta...

Baron. (Corriendo á su lado.) Juanita, qué tienes?... Estàs mala?

Juanita. No es nada, no es nada...

Baron (Conmovido) Perdóname si he sido duro contigo... perdóname, y no te aflijas... Esa muger es siempre la causa de nuestros disgustos...

Juanita (Con dignidad.) Y esa muger es mi segunda madre, es la que ha cuidado de mi infancia, es mi único pariente... y yo no puedo separarme nunca de ella!....

Baron. Bien, pero es necesario... *(Carolina, don Enrique y el Marqués han formado un corro en el estremo opuesto al que ocupan el Baron y Juanita; y alli rodeados de diferentes personas tienen una conversacion animada. Ahora uno de los con-*

currentes termina un lance picante que referia, y sueltan todos una estrepitosa carcajada.)

Todos. Ah! ah! ah!

Marqués. Y estais cierto de que fue asi?... (*Al caballero que se supone ha hablado.*)

Caballero. Como os lo he referido.

Marqués. (*Riéndose.*) Es muy original!...

Carolina. (*A don Enrique por lo bajo.*) Ahora seria ocasion... (*Mirando al Baron y á Juanita.*)

Enrique. Ya que hace el gasto la crónica escandalosa, no me parece fuera de propósito contaros otra historia no menos chistosa que la que acabais de oir.

Algunos. Sí, sí.

Carolina. Contadla. (*Juanita despues de la réplica de su marido se ha quedado sumida en sus reflexiones dolorosas. Èl Baron se separa de ella llegándose al corro: Luis permanece retirado.*)

Enrique. Os advierto que como de la anterior es tambien el héroe de esta un marido. Pues señor, el tal conoció un verano en los baños de Sacedon, segun creo, á una aldeanilla, eso sí, linda como unas perlas.--- El buen vizconde, porque era un vizconde, tenia la originalidad de no hacer las cosas como los demàs... Le peta la chica, y va y qué hace? Le ofrece su mano...

Uno. Y aceptó?

Enrique Figuraos si aceptaria! Pero la muchacha tenia un amante de su estofa, un moceton, alto, robusto, ceñudo... (*Algunos vuelven la vista hácia Luis: el Baron escucha con mas atencion, y Juanita sale de su enagenamiento y presta oido.*)

Marqués Ah! pues entonces yo tambien sé esa aventura!...

Enrique. Es el caso que el buen palurdo sentia bullir en sus cascos eso que llamamos fiebre romàntica, y al ver la ingratitud de su amada, nada encontró tan bueno como procurar desalojar la susodicha fiebre saltàndose la tapa de los sesos... (*Todos lanzan un grito: Juanita se levanta trémula de su asiento: el Baron la dirige una mirada severa y suspicaz: Luis se va acercando á don Enrique.*)

Enrique. No hay que asustarse, señores, porque el lance no acabó trágicamente. La herida del amante no fué mortal; el marido se creyó que habia tenido por causa la pérdida de una mala granja que el otro poseia, y la muger halló medio de colocar à... su paisano, en la servidumbre de su esposo.—Pero lo que hay de particular, es que este le ha cobrado tal afecto, que deposita en él su confianza toda entera, y viven los tres en una armonía .. en una armonía admirable! (*Al concluir don Enrique todos se rien nuevamente y fijan sus miradas en el Baron, Juanita y Luis.*)

Baron. (*Riéndose convulsivamente.*) Ah! ah! ah! Ciertamente es muy chistoso!

Juanita. (*Fuera de si y acercándose á su marido.*) Oh! mienten, mienten!! (*El Baron le dirige una mirada severa, y ella confundida baja la vista: Luis está ya detrás de don Enrique.* — *Toda esta escena hasta el final del acto debe ser muy rápida.*)

Baron. (*Afectando buen humor.*) Pues ya que à cada uno le toca su turno, no quiero yo perderlo sin contaros otra historia que vale por lo menos tanto como la anterior... (*El grupo de concurrentes se ha aumentado, y todos escuchan con curiosidad.*)

Todos. Sí, sí.

Carolina. (*Con ironia.*) Contadla, Baron.

Baron. Por supuesto que tambien es el primer personage de ella un marido, porque los maridos somos las víctimas propiciatorias de la época. Este marido no es jóven ni original como el otro; es un hombre de edad avanzada, que despues de haber disipado su juventud en toda clase de locuras, se acogió por fin como à único refugio al matrimonio. — El buen Conde, porque es un Conde, tenia un sobrino que habia sido antes de casarse amante de su muger... (*Carolina, que ha estado sentada hasta ahora, se levanta y escucha con ansiedad las palabras del Baron. El Marqués clava en ella la vista con desconfianza: Enrique confuso se retira á un estremo: los convidados cambian algunas miradas maliciosas.*)

Carolina. } Dios mio!
Enrique. { Cielos!

Baron. Verdad es que el marido no lo sabia, pero lo cierto es que afectando los dos jóvenes un odio inveterado y mútuo, no pierden ocasion de zaherirse, para que el buen conde pueda reconciliarlos à su sabor, y nunca està aquel mas gozoso que cuando logra hacer las paces... por su poderoso influjo. (*Todos se rien nuevamente: el Marqués lanza un grito de furor, y mira á Carolina y á Enrique que estan confundidos: el Baron mirando tambien à Juanita trémula, dá una carcajada convulsiva.*)

Marqués. Oh!...

Baron. Ah!... ah!... ah!... No os parece, señores, que esta historia vale tanto como la otra?...

Todos. Sí, sí... Ah!... ah!... ah!...

Marqués (*A Carolina que ha vuelto á sentarse casi desmayada.*) Una separacion eterna!! (*Dirigiéndose á Enrique que permanece inmóvil.*)

Luis. (*Interponiéndose entre los dos, y estrechando con fuerza una mano de Enrique entre las suyas.*) Mi ofensa ha sido antes, señor Marqués, y debe vengarse antes!...

Juanita. (*Que ha seguido con la vista los movimientos de Luis, exhala un grito ahogado.*) Ah...

Marqués. Será despues, si sobrevive! (*Tocan un wals en los salones.*)

Baron. (Que ha observado todo lo referido, y pasando por medio de los corros.) Wals, señores, wals. *(Los convidados en grupos animados se dirigen en tropel á los salones; Juanita se deja caer en un sillon, al mismo tiempo que el Baron se llega á Carolina y le dice:)* Hemos combatido con armas iguales!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La pieza de tocador de la Baronesa: á la derecha una alcoba que cierran grandes cortinas de seda: en el fondo un balcon que dá á la calle, y á la izquierda la puerta de entrada.

ESCENA PRIMERA.

JUANITA, *luego* INES.

(Al alzar el telon está Juanita sentada y sumida en sus reflexiones: lleva una bata de mañana, pero conserva el mismo tocado del acto anterior. Sobre una mesa se ven dos bugías casi consumidas.)

Juanita. (Levantándose con agitacion) Nadie, nadie aun!... Y sin embargo, yo no puedo vivir en esta inquietud. *(Tirando con violencia de una campanilla: Inés aparece en la puerta.)*

Inés. Cómo, señora Baronesa *(Advirtiendo su peinado y las bugías encendidas),* no os habeis acostado?

Juanita. Qué hora es?

Inés. Acaban de dar las nueve.

Juanita. Está en su cuarto el señor Baron?

Inès. Sí señora.

Juanita. Y... Luis?...

Inés. Ha salido muy temprano.

Juanita. Muy temprano!... --- Llamad á mi tia; decidle que venga al instante aqui.

Inés. Está muy bien, señora Baronesa. *(Sale llevándose las bugias.)*

ESCENA II.

JUANITA, *á poco* BASILIA.

Juanita. No hay duda! Sí, no hay duda!... --- Mis sospechas eran fundadas!... Y cómo impedirlo? Ya será tarde, y á estas horas... Dios mio!... Yo me muero...

Basilia. Baronesa, Baronesa, qué ocurre? *(Llegándose á ella.)* Pero esa palidez... qué tienes, Juanita mia?

Juanita. Nada, no es nada!

Basilia. Como no estás acostumbrada á estas cosas, el cansancio quizás... Si te ejercitases como yo, verias qué diferencia. Todos los dias tres horas de práctica, de ejercicio... el maestro está contentísimo de mí, y el Conde de Prado-Verde me dijo anoche que ya bailo deliciosamente el rigodon. Cómo deseo lanzarme al wals! Ese es el bello ideal de la danza, es la sublimidad del arte... Dentro de dos meses walsaré como una silfida. Vistes el efecto que produjo anoche mi entrada en el salon? Escité un murmullo de sorpresa, de entusiasmo! -- Todos venian á felicitarme. Uno me decia: «Sois el genio del buen gusto; sois el figurin de Madrid.» Otro: «Sois el modelo de nuestras elegantes; vereis como mañana imitan todas vuestro adorno, bella Amelia.» --- Amelia! Qué te parece de este nombre? Lo he adoptado porque, qué persona de buen tono puede sufrir que la llamen Basilia?... Y no reparaste tambien aquellas risitas burlonas, de envidia, pues de qué otra cosa podian ser? Pero y tu marido que tuvo la ocurrencia de decirme que mi trage era ridículo y estravagante?... Ya se vé, la pegó conmigo, porque tenia un gesto, un humor...

Juanita. (Saliendo de su distraccion y levantándose.) Mas decidme, le habeis visto?...

Basilia. Qué agitacion! Y á quién?

Juanita. A Luis.

Basilia. (Asombrada.) Sobrina!

Juanita. Responded, responded, porque hay un secreto horrible... *(En el mayor desórden.)*

Basilia. Silencio por todos los santos! *(Mirando á todas partes.)*--- Esta mañana...

Juanita. Acabad!...

Basilia. Pues bien, esta mañana cuando se concluia el baile, se acercó á mi el pobre muchacho y me dijo que por tu tranquilidad pensaba en separarse de nosotros; que tal vez haria un viaje muy largo; y lloraba el pobrecillo y me estrechaba la mano...

Juanita. Dios mio!

Basilia. Añadió que quizás no le volveriamos á ver...

Juanita. Y vos no sabeis por qué?... Vos no sabeis que estoy perdida, que estoy deshónrada; que él va á defender hoy mi honor que anoche han manchado ignominiosamente; que va á purificarme con su sangre?...

Basilia. Qué dices!.. Yo no te entiendo...

Juanita. No me entendais, porque la realidad es terrible; no querais saber nada, porque temblariais como yo tiemblo!--- Un duelo, un duelo á muerte...

Basilia. Dios justo!

Juanita. Tal vez ya no existirá!

Basilia. Sosiegate!

Juanita. Bien veis como mis temores se han realizado.---Por qué selló mi labio vuestra ambicion, cuando pasada la embriaguez del momento, quise revelárselo todo á Eduardo, retirando mi palabra? Por qué vos en vez de fortalecerla, debilitásteis mi resolucion; por qué en fin me obligásteis á engañarle?... Una confesion franca hubiera evitado mi deshonra...

Basilia. Pero olvidas que él juró vivir solamente á tu lado?...

Juanita. Es verdad, es verdad! Era sin duda la espiacion que el cielo reservaba á mi ingratitud! Y ahora qué me aguarda? Eterna vergüenza para mi y para mi hijo; el oprobio del mundo y el desprecio de mí misma!

Basilia. Alguien viene.

Juanita. (*Viendo á su marido y con amargura.*) No es él!

Basilia. Tu esposo!

Juanita. Qué me importa ya nada?...

ESCENA III.

DICHOS, EL BARON.

Baron. Dejadnos solos, señora. (*A Basilia.*)

Basilia. Mi sobrina se siente indispuesta, y yo no puedo...

Baron. (*Con dureza.*) Os he dicho que nos dejeis.

Basilia. Ah!... Pobre Juanita!

ESCENA IV.

EL BARON, JUANITA.

(Juanita se ha vuelto á sentar: despues de una breve pausa, el Baron se acerca á ella rápidamente y le dice con tono áspero y duro.)

Baron. Señora, quereis que os diga por qué os hallo trémula y llorosa, por qué no habeis reposado esta noche, por qué temblásteis al verme?... Pues es porque la vida de vuestro amante está en peligro; porque yo necesito venganza, y en fin porque sabeis que no renunciaré á ella!

Juanita. Cómo!

Baron. No junteis á la hipocresía el descaro; no mintais, ya que hasta ahora me habeis engañado vilmente. — No es cierto que ese hombre era novio vuestro antes de casarnos, no es cierto que le dejásteis por ambicion, no lo es que por vos quiso darse la muerte?

Juanita. (Con firmeza.) Es verdad.

Baron. No le mandásteis vos que viviese, alentada por una esperanza criminal; no le consolásteis despues con vuestro cariño; no me vendísteis y me ultrajásteis?

Juanita. (Con dignidad.) No es verdad, y mentís!

Baron. Que miento? Id á decírselo á la sociedad toda que á los dos nos infama; id á decírselo al mundo que nos escarnece y nos insulta. Y qué derechos teneis para que os crea?... No fué la base de nuestra union un engaño y una perfidia?.. No habeis guardado silencio dos años, dejando que sobre mí que os saqué de la nada, que sobre mi que os he dado mi nombre, cayesen la deshonra y la vergüenza?... Decís que miento; direis tambien que la sociedad os calumnia! Y por qué vos que podiais no habeis evitado el pretesto de esa calumnia? Callais y llorais; tardío lloro, tardía reparacion de vuestro crímen y de mi ofensa!

Juanita. Eduardo, yo os lo juro, soy inocente!

Baron. Inocente, cuando tantas pruebas os condenan, cuando no podeis negar el escándalo y la irrision de que he sido objeto?... Qué opondreis á los indicios que os acusan?... Palabras falsas sin duda, que yo desprecio, protestas hipócritas que nada valen! — Y no creais que el amor es el que me impele á la venganza; no atribuyais lo que hiciere á cariño; porque sabedlo, nunca os lo tuve, y como vos dijísteis ayer, solo os dí mi mano por despecho.

Juanita. Oh!

Baron. Mi orgullo es el que está herido al ver que vos, á quien

arranqué de la oscuridad, en un instante de delirio, hayais podido venderme de esa manera. --- Yo no queria mas que rechazar los ataques de la sociedad, con la perspectiva de mi ventura; yo queria oponer vuestra virtud á sus envenenados tiros, y ahora de ambas cosas se mofa justamente. Yo os colmaba de cuidados y de atenciones, y sabedlo, de mentidos halagos, para que pareciéseis contenta y satisfecha, para que el mundo no se riese de nosotros con el espectáculo de nuestras disensiones ó de nuestro fastidio. Y ahora, destruida esa obra de tanto tiempo, si antes me avergoncé de vos y de vuestra clase, ahora me avergüenzo tambien de haber sido juguete vuestro!

Juanita. Piedad! piedad!

Baron. Yo no puedo echar sobre vos la deshonra, sin que la deshonra caiga sobre mí: ya conoceis que mi sola esperanza, mi único consuelo ha de ser vengarme de vosotros; de él con su vida, de vos con una espiacion eterna. No creais que si se salva de la muerte en el duelo que ahora sostiene, ha de vivir por eso: entonces será frente á mí donde aguarde su castigo, y yo seré el instrumento de la justicia de Dios.

Juanita. Ah! Sufra yo sola! El es inocente!

Baron. (*Sacudiéndola con fuerza un brazo.*) No hableis, porque cada palabra vuestra es un nuevo ultraje, y ahora habeis confesado que le amais, asegurando su muerte! (*Oyese ruido de un coche que para á la puerta: el Baron corre al balcon: Juanita, fuera de sí se levanta y acerca tambien.*) El será.

Juanita. Dios mio! --- Vive, vive! (*Suspirando de alegria al ver á Luis apearse del carruage.*)

Baron. (*Con un grito de placer feroz.*) Ah! El cielo me le entrega! --- Señora, en vez de alegraros, llorad, porque ahora no podrá escapar de mis manos, y de mi no há de quedar tambien vencedor.

Juanita. En nombre de quién quereis que os lo jure? En nombre de nuestro hijo... (*El Baron la mira con rabia.*) Sí, señor Baron, *nuestro* hijo!! --- No ha habido mas que una culpa; la de haber yo callado; pero temia destruir, ya que no la dicha, la tranquilidad que disfrutábamos, con la revelacion de ese secreto, produciendo ademas la desconfianza y la sospecha. --- Eduardo, yo os lo juro, estoy, pura del delito que me imputan! Renunciad por Dios á vuestro proyecto!

Baron. Y aunque yo os creyese, os creerian tambien los que nos infaman? No: habeis mancillado mi nombre; habeis echado sobre él una mancha que solo se lava con sangre!

ESCENA V.

DICHOS, INES.

Inés. Señora Baronesa.... *(Viendo al Baron.)* Ah!
Baron. Por qué os deteneis?.. Hablad.
Inés. Es que...
Baron. Hablad pronto.
Inés. Era un recado para la señora Baronesa...
Baron. Pues bien, yo su esposo, os mando que se le deis.
Inés. *(Temblando.)* El señor Luis, ha vuelto ya... Y me envia... porque necesita hablaros...
Juanita. Decid que es imposible...
Baron. Decidle que entre aqui.
Juanita. Cómo!...
Baron. *(A Inés.)* ¿No habeis oido?...
Inés. Si, señor Baron. *(Vase.)*
Baron. Y ahora que respondereis?---Escuchadme: ese hombre va á venir y vos sola le recibiréis. Yo estaré en esa alcoba: si me habeis vendido *(Sacando dos pistolas del bolsillo y enseñándolas)* le tenderé muerto á vuestros pies. *(Arrojándola sobre un sillon.)* Ahí habeis de estar: si con alguna seña tratais de prevenirle, no lograreis mas que apresurar mi venganza.---Mirad que yo os oigo y que os veo. *(Dirigiéndose á la alcoba.)*
Juanita. Misericordia! Misericordia!
Baron. Silencio. *(Ocúltase: Juanita se vuelve á dejar caer en su asiento.)*

ESCENA VI.

JUANITA, LUIS.

Luis. Perdonadme, señora, si he querido veros por ultima vez; perdonad si he deseado despedirme de vos para siempre. *(Juanita vuelve con frecuencia y ansiedad la vista hácia la alcoba)* Despues de la escena de anoche, vos comprendereis como yo que es imposible mi permanencia en esta casa. El señor Baron tiene vehementes sospechas, y sin duda nuestro secreto no es ya un misterio para él.
Juanita. *(Trémula.)* Nuestro secreto!
Luis. El de mi amor, Juanita.!---Permitidme que hoy os dé este nombre, que no habeis de oir ya nunca de mi boca!
Juanita. *(Estremeciéndose.)* Cómo!
Luis. No temais; os dromeí vivir.., y viviré... pero lejos de

vos... — He tenido la fortuna ó la desgracia de triunfar de mi adversario, y ahora solo me resta huir de estos sitios. Sin duda Dios quiere que mi vida sea útil á alguno, cuando por dos veces la ha salvado. Dentro de una hora salgo de Madrid... Qué me quedaba á mí despues de haberlo perdido todo, sin ninguna esperanza, ninguna ilusion que me halagase? Qué podria entretener los dias de mi tristeza y de mi desesperacion?... A quién podia yo dedicar esta existencia miserable y decrépita en su juventud? Muerto para todos, debo vivir solamente para mi patria; á ella sola quiero consagrarme desde hoy; y desde hoy, Juanita, soy soldado!

Juanita. Soldado!

Luis. Acabo de alistarme en un regimiento que dentro de pocos instantes se pone en marcha para Barcelona. En él serviré hasta que la muerte ó los años me lo impidan: de este modo aseguro vuestra tranquilidad y la de vuestro esposo. Por eso he querido veros; por eso me he atrevido á solicitar una entrevista, para despedirme de vos... porque nunca, nunca mas hemos de vernos...

Juanita. Luis!! (*Muy conmovida: al instante vuelve la vista con terror hácia la alcoba.*)

Luis. Pero antes de daros un á Dios eterno, antes de separarnos para siempre, he querido rogaros que me perdoneis las penas que os he causado: he querido rogaros que cuando vengan algun dia, y ese dia no puede tardar, á anunciaros mi muerte, vertais una lágrima á mi memoria, ya que no podais una flor sobre mi tumba; he venido... porque bien sé que jamás me habeis amado...

Juanita Ah! (*Exhalando un suspiro de alegría, y mirando hácia donde está oculto su marido.*)

Luis. Pero hoy, cuando vamos á separarnos, cuando ya es irremediable mi partida, hoy me atreveré á pediros una espresion de cariño, una palabra, una palabra tan solo de amistad, de agradecimiento. Ella endulzará esos largos años de amargura que van á correr para mí, y me asegurará que alguna vez dedicais un recuerdo al infeliz soldado que solo vive para adoraros... (*Juanita hace un movimiento de temor.*) Qué importa que el labio no lo diga, si lo he sellado con mi sangre?...

Juanita. (*Con efusion.*) Pues bien, yo... (*Deteniéndose.*) yo no puedo... no debo!

Luis. No quereis, como nunca habeis querido! — A Dios, y olvidadme ya que á mí no me es posible; sed feliz, ya que yo no puedo serlo...

Juanita. Siempre recordaré lo que habeis hecho por mí...

Luis. (*Con ironía y amargura.*) Gracias, señora, gracias! Las almas generosas saben concebir solamente la gratitud! (*Pausa.*)

No quereis otorgarme esa palabra de consuelo ? No quereis que os deba nada . ?

Juanita. (Luchando penosamente.) No... no puédo. *(Oyese á lo lejos música militar.)*

Luis. Ois ?... Mi regimiento parte... A Dios , señora , á Dios pára siempre ! *(Cónteniendo sus sollozos y saliendo precipitadamente.)*

Juánita. (Despues de hacer un movimiento para detenerle) Dios mio ! Dios mio ! *(Asi que desaparece Luis , sale el Baron de la alcoba pálido y conmovido y se arroja á los pies de Juanita.)*

ESCENA ULTIMA.

EL BARON , JUANITA.

Baron. Perdon !... perdon !... *(Juanita se levanta , le mira friamente y le dice con firmeza.)*

Juanita. No !... Ahora una separacion eterna ! *(El Baron humillado se deja caer sobre un sillon cubriéndose el rostro con las manos: la marcha militar se oye mucho mas cerca.)*

FIN DEL DRAMA.